POÉTICAS DEL SILENCIO: ONTOLOGÍA DE LA RENUNCIA

Yakoub Abidi[1]

Hagiografía del silencio útil

(inspirado en *El escándalo* de Pedro Antonio de Alarcón)

Fue escrita en los márgenes del varón,
no como historia, sino como función;
no tuvo biografía ni arrebato,
sino misión inscrita en un mandato.

Su forma fue la ley hecha dulzura,
una obediencia elevada a mesura;
no habló desde sí, habló para otro,
como espejo devoto del rostro roto.

No se le dio deseo, sino decoro,
ni voz, sino un timbre de coro;
su carne aprendió la gramática austera
del sacrificio sin primavera.

Era conciencia puesta en vestidura,
una brújula sin travesura;
si el hombre erraba, su luz lo absolvía,
si caía, su pureza lo redimía.

Nunca eligió, fue elegida emblema,
nunca dudó, fue teorema;
no tuvo conflicto, tuvo destino,
no tuvo latido, tuvo imperio divino.

1Instituto Superior de Lenguas de Túnez - Universidad de Carthage, Túnez. Correo electrónico: yakoub.abidi@outlook.com ORCID: 0000-0002-4111-3322

Su amor no ardía, se administraba,
como un bien que no se acaba;
era premio al final de la penitencia,
coronación de la conciencia.

No fue cuerpo que reclama,
sino altar donde el varón se examina;
sobre su mansedumbre edificaron
la coartada de lo que negaron.

Todo en ella era alegoría,
nunca pregunta, siempre garantía;
no la pensaron como voluntad,
sino como garante de estabilidad.

Así la fijó la prosa del deber,
inmóvil en su virtud de no querer;
porque querer es desviación
del orden de la razón.

Si calló, fue ejemplo; si esperó, doctrina;
si renunció, virtud que ilumina;
y cuanto más se anulaba en su ser,
más crecía su mérito de no ser.

Mas bajo el mármol del ideal
latía un resto no ceremonial:
una fisura secreta
que no alcanzó a volverse voz completa.

No fue rebeldía ni desafío,
sino una lucidez sin señorío;
saber, en lo hondo y sin lenguaje,
que su bondad pagaba un peaje.

Porque nadie la quiso por lo que era,
sino por lo que al hombre preserva;
no fue fin, fue instrumento sutil
del equilibrio varonil.

Y así quedó, clausurada,
santa de una fe heredada,
custodia del orden, salario del bien,
mujer sin historia, pero con razón ajena también.

Si algo resiste en su esencia inmóvil
no es la virtud ni el gesto dócil,
sino la pregunta que nadie oyó
cuando su silencio demasiado habló.

Casa de cuentas cerradas

(inspirado en *La de Bringas* de Benito Pérez Galdós)

En la penumbra del hogar severo,
donde el reloj dicta su sentencia,
vive la esposa, nudo verdadero,
atada al hilo de la apariencia.

El oro brilla en cifras prohibidas,
no como pan, sino como castigo;
es tentación de manos oprimidas,
lujo que miente al hambre del testigo.

Ella camina en seda hipotecada,
con paso breve y cálculo prudente,
pues cada encaje es deuda disimulada
y cada espejo juzga severamente.

La casa es templo de virtud contable:
rosarios hechos suma y resta fría,
el deber es un dios inescrutable
que cobra fe en monedas cada día.

Su esposo es ley y voz de hierro,
custodia el orden como quien vigila
que no brote el deseo en el encierro
ni la pasión que al gasto se destila.

Mas ella sueña, en cifras encubiertas,
con un brocado más, con otro brillo,
no por soberbia vana o puertas abiertas,
sino por ser más que un dócil pasadizo.

Porque el deseo, aunque cauto,
late en su pecho como culpa exacta;
y al comprar, tiembla, no por gasto incauto,
sino por ser sujeto en acta.

¡Oh economía del alma femenina,
donde el querer se vuelve clandestino!
La honra pesa más que la doctrina
y el goce es siempre un fraude del destino.

Así se apaga, en cuentas reprimidas,
la mujer hecha solo obediencia,
pagando con su ser las falsas vidas
que impone el decoro a la conciencia.

Anatomía de una voluntad cercenada

(inspirado en *Tristana* de Benito Pérez Galdós)

La ciudad le enseñó a caminar
con una pierna que no era su par.
El deseo, amputado en la infancia,
aprendió a hablar con muletas de distancia.

Ella quiso ser verbo activo
y la volvieron sustantivo cautivo.

Quiso un cuerpo sin tutela,
una voz sin escuela,
pero el mundo la conjugó
en un modo que la sometió.

El tutor era una trazadura
de consejos hechos clausura,
techos de benevolencia corrupta,
ventanas de fe presunta.

Desde allí la miraban crecer
como se escruta lo que ha de servir,
podar, corregir la savia,
disciplinar la forma de su rabia.

La voluntad le crecía torcida,
raíz mal dirigida,
buscando fisura
en la losa del futuro que dura.

Pensar era ya desobediencia,
amar, delito contra la paciencia,
querer decidir, crimen mayor
sin absolución ni redentor.

El lenguaje la volvió a traicionar,
cada palabra libre al pronunciar
era custodiada con severidad
por el diccionario de la moralidad.

Le enseñaron que el sacrificio
era ternura en su artificio,
y que la renuncia, bien mirada,
tenía rostro de virtud consagrada.

Pero el cuerpo recuerda en silencio
lo que la razón borra por decreto,
en la carne se incuban sin aliento
las preguntas vedadas por el tiempo.

Futuros sin autorización,
rabias que no saben de oración.

La enfermedad llegó sin demora
como catequesis devastadora.

La limitación volvió visible
el artificio de lo corregible,
la fragilidad fue revelación,
el dolor, forma de exacción.

Ya no soñó con ser amada,
sino con no ser prestada.

No pidió clemencia,
pidió soberanía y conciencia.

No quiso frontera,
quiso horizonte, quiso primavera.

Y aunque la historia la clausuró
con un punto final que disimuló,
su pensamiento siguió tensado
como alambre no domesticado,

una mujer que comprendió tardíamente
que la libertad no viene obediente,
no se hereda como tradición,
se arranca con sangre y decisión.

Liturgia del cuerpo dividido

(inspirado en *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós)

La ciudad levanta su misa
con cal y con norma precisa.
Bajo sus muros cerrados
la sangre aprende, domesticada,
a callar lo que ha callado
o a desbordarse castigada.

Una nace con el pulso abierto,
con la entraña expuesta al desierto;
la vida le entra sin permiso
como golpe liso,
directo en la boca, sin aviso.

Su querer no sabe arrodillarse:
arde,
se derrama,
insiste en desbordarse,
rompe el molde de la espera
y quiebra la forma que modera.

El deseo le sube desde los pies
como fiebre antigua y fiel;
no distingue promesa de herida,
ni caricia ofrecida
de condena repetida.

Ama con la exactitud del instinto,
con la ceguera del recinto
de lo vivo cuando se afirma,
cuando se expone, cuando se anima.

La otra fue tejida en la sombra correcta,
hilada con paciencia indirecta,
educada para sostener el mundo
sin mover el corazón fecundo.

Su amor es rito sin sangre,
una lámpara que alumbra sin hambre,
encendida para cuerpo ausente,
para un tiempo que nunca se siente.

Aprendió a esperar
como se aprende a rezar:
con los labios cerrados al hablar,
con la fe inmóvil en su lugar,
con la culpa intacta al pasar.

En su vientre
la esperanza se vuelve geometría,
línea exacta, simetría
de una promesa sin día.

Entre ambas
se derrama una voluntad ajena,
un paso que no deja cadena,
una voz que promete en escena
sin quedarse, sin pena.

Pasa
como pasan las leyes injustas:
intacto,
sin huella, sin costas.

La carne deviene frontera.
Engendrar es vencer a su manera.
No hacerlo
es desaparecer lento
bajo el elogio atento.

Una sangra para existir,
pariendo su derecho a decir
en el umbral del desprecio
su nombre sin precio.

La otra se consume en silencio,
custodia un vacío correcto,
como si fuera virtud
y no pérdida exacta de actitud.

La ciudad reparte destinos
con manos limpias y finas.
Al exceso lo nombra culpa,
a la carencia, conducta pulcra,
y se lava,
y se lava.

Pero la sangre insiste todavía.
No aprende jerarquía,
no respeta apellido ni guía.
Fluye,
fluye cada día,
y deja su marca tardía
donde la ley no alcanza todavía.

Una cae
como cae lo que arde y se va.
La otra permanece
como permanece la piedra que pesa.

Ninguna vence.
Solo el deseo,
ese animal sin credo,
cruza la historia sin freno,
dejando cuerpos abiertos
y silencios bien vestidos.

Crónica del cuerpo expendable

(inspirado en *Los de abajo* de Mariano Azuela)

Nació sin advocación,
no para la proclamación,
sino para el margen turbio de la hazaña
donde la historia afila su guadaña.

La revolución pasó como intemperie,
no como justicia en serie;
y a su costado, transitiva,
la mujer fue materia sustitutiva.

No tuvo causa, tuvo circunstancia,
no tuvo nombre, sino tolerancia;
su biografía fue mera estación
en el itinerario de la munición.

Camila fue la forma de la espera,
una obediencia ligera;
aprendió a amar con miedo organizado,
a ofrecer sin haber solicitado.

Su gesto era un refugio momentáneo,
un paréntesis tibio en lo inhumano;
sirvió de pausa al pulso depredador
y pagó con su cuerpo ese favor.

No eligió dar, fue dada sin contrato,
como se cede un bien sin alegato;
su ternura no fue virtud electa,
sino moneda frágil y sujeta.

La otra, forjada en filo y contingencia,
aprendió a hablar el léxico de la violencia;
no pidió sitio, lo tomó a dentelladas,
pero su furia fue igual de hipotecada.

La Pintada no fue libre en su exceso,
sino reverso brutal del mismo peso;
masculinizó la herida y el mandato,
replicó la ley con otro formato.

Su insubordinación no fue proyecto,
fue mimesis del orden abyecto;
golpeó para existir, mató por ser,
y el sistema la usó para aprender.

Así, entre la víctima y la réplica,
ninguna obtuvo voz auténtica;
una cayó por silente,
la otra ardió por ser estridente.

Ambas fueron leídas como función,
no como centro de significación;
sus cuerpos, geografía disponible,
cartografía del daño repetible.

El deseo no fue interrogación,
sino residuo de la dominación;
amar era servir, huir o pagar
el precio tácito de acompañar.

La guerra no pregunta por conciencias,
sólo distribuye ausencias y presencias;
y en su gramática de polvo y plomo
la mujer fue sintaxis de lo impropio.

No hubo monólogo,
solo gestos inscritos en el prólogo;
la novela no entró en su interior,
porque el mundo tampoco lo hizo mejor.

Así la revolución, desnuda de ética,
mostró su trastienda más patética:
liberó discursos, banderas, consignas,
pero dejó intactas las viejas ruinas.

Porque cuando el poder cambia de manos
y no de arcanos,
la mujer sigue siendo el territorio
donde se firma el mismo repertorio.

No fue redención,
fue saldo humano de la insurrección;
y en su silencio quedó cifrado
el fracaso del gesto armado.

Si algo denuncia su existencia errante
no es el instante,
sino la verdad que nadie proclamó:
que sin ella, la historia no cambió.

Topografía de la niebla interior

(inspirado en *La última niebla* de María Luisa Bombal)

La casa exhala un pulso sigiloso
como un ente en letargo hosco,
y yo vacilo ante su figura
si soy presencia o mera vestidura.

La niebla irrumpe por la faz del vidrio,
despuebla el azogue, hende el idilio,
me restituye un rostro conjetural
nunca vivido, pero esencial.

Estoy unida a un nombre impronunciable
que me posee sin ser nombrable,
a una penumbra de tacto esquivo
que duerme ajena a mi ardor cautivo.

El amor sucedió, o fue simulacro,
en una ruptura sin tiempo ni marco,
donde un cuerpo fue mío sin alegato,
sin fe probatoria ni contrato.

Desde entonces transito superficies líquidas,
reinos de duda, estancias místicas,
cada huella es umbral disuelto,
cada pregunta un recinto absorto.

El deseo no declama lenguaje sonoro,
prefiere la obscuridad del decoro,
se infiltra en la urdimbre de la estancia
y unge la noche con muda fragancia.

La realidad es cerrojo imperfecto,
lo franquearé cuando el pulso despierto
se fatigue de sostener apariencia
y abdique al fin de su propia conciencia.

Existen huertos que solo germinan
cuando los párpados se clausuran,
y presencias que ensayan el amar
si el nombre no llega a coagular.

Soy mujer y también vapor errante,
no me retiene el gesto constante,
no me ratifica la remembranza,
no me estabiliza la confianza.

Habito el intersticio indecidible
donde lo real se vuelve falible,
y el alma, emancipada del pasado,
confunde el amar con lo amado.

Elegía del cuerpo que recuerda

(inspirado en *La amortajada* de María Luisa Bombal)

Yace el silencio en torno a mi sepultura,
no como ausencia, sino como espesor;
mi carne, ya desligada de su altura,
aún reconoce el pulso del dolor.

Estoy tendida al centro de la espera,
ni viva al mundo ni del todo ausente;
la muerte es una lámpara severa
que alumbra el alma retrospectivamente.

Ahora comprendo el peso de los días,
la geometría oculta del afecto,
los gestos que llamé cortesías
y eran pactos de un miedo indirecto.

Amé con torpeza, amé con demora,
confundí la costumbre con abrigo;
dejé pasar la voz reveladora
por sostener la paz de lo ya sabido.

Mi cuerpo fue frontera disciplinada,
territorio cedido sin combate;
mi sed, por leyes mudas sofocada,
aprendió a ser silencio que no late.

Los hombres me miraron desde afuera,
como se ausculta un campo que no es propio;
ninguno vio la fiebre verdadera
que me crecía al margen del elogio.

Hoy, amortajada en telas y memoria,
recorro mis derrotas con claridad;
la muerte me concede la victoria
de nombrar sin temor la verdad.

No quise poco: quise lo imposible
para una vida escrita por otros;
ser voz, no eco; ímpetu indivisible,
no dócil reflejo en rostros rotos.

Si algo perdura tras esta quietud,
no es el cuerpo ni el nombre que me dieron,
sino la conciencia, en plenitud,
de haber deseado más de lo que hicieron.

Así me voy, sin súplica ni miedo,
con el pasado al fin descifrado:
fui más que el rol, más que el enredo,
aunque jamás me hubiera sido otorgado.